

Capítulo 6 - Girasoles - La Partida en el Carrusel: Una Película de Terror LitRPG

Miré a Benny directamente a los ojos. Bajo la grasa, tenía ese rostro de querubín que lucía mejor cuando sonreía. Su cabello delgado y rizado estaba bien cuidado. Aunque seguía lanzando miradas hacia el sedán verde que le había causado tanto dolor, se mostró educado y atento, y parecía, según mi mejor entender, muy preocupado por la niña desaparecida.

"Sí, fui yo y mi hijo," dijo mientras Kimberly le colocaba el micrófono en la cara. "Hemos visto a esa niña venir por aquí muchas veces. Le gusta mirar las granjas, las plantas y los árboles en los campos. Es buena chica, nunca ha hecho nada malo. Y ese día, recuerdo que parecía molesta. Eso fue lo que le dije a los policías. Normalmente, ella sonríe y salta como si el sol fuera su mejor amigo, pero ese día, estaba triste y se le notaba que había estado llorando. Ojalá hubiera llamado su atención para ver qué le pasaba. No tenía manera de saberlo, entiendes," Benny empezó a decir antes de que las palabras se le atoraran en la garganta. Casi se deja llevar por sus emociones. Su ceño era pesado y sus ojos claros, cubiertos apenas por una delgada capa de lágrimas.

"¿Y esto fue hace tres días?" preguntó Kimberly.

"Correcto."

"Sí, señora. Tres días. Mi hijo y yo hemos estado en los bosques y campos buscándola. Hemos hecho nuestra parte. Ella se dirigía de regreso al pueblo. Solo no sé qué pudo haberle pasado."

"Entonces, aquí lo tienen: una tragedia en el Este del Carrusel. Tamara Cano sigue desaparecida. Si poseen alguna información sobre la niña desaparecida, por favor llamen al número del Departamento del Sheriff que aparece en su pantalla," dijo Kimberly a la cámara. "Los ciudadanos de Eastern Carousel como el señor Benjamin Harless están saliendo en masa a buscar a la pequeña, y la esperanza sigue siendo alta de que la encuentren y la devuelvan a su madre. Esto es Kimberly Madison, desde Carousel News 9."

"Y ya terminamos," dije. No estaba completamente seguro si los productores de noticias debían decir "fin" o no, pero recordaba vagamente algo como "y estamos libres" cuando vi a April O'Neil reportar en un informativo en una película de las Tortugas Ninja.

Ni siquiera sabía si esa emisión estaba siendo transmitida. Nick se encargó de todo. Solo llevaba audífonos y me esforzaba por parecer concentrado para dar la impresión de que estaba

trabajando.

-

"¿Cómo lo hice?" preguntó Benny con sinceridad. "¿Crees que esto ayudará a encontrar a esa niña? Antes visitaba a menudo a Tamara. Jugaba con mi hijo, Rustle. No sé qué le diré si algo le ha pasado."

"¿Tu hijo?" preguntó Kimberly. "¿Conoce a Tamara? ¿Existe la posibilidad de que podamos conocerlo?"

"Supongo que estaría bien, pero debes saber que... tuvo una vida difícil antes de venir con nosotros, y no habla. Pero puede entenderte, y es muy inteligente. La cuestión es que se pone nervioso con algunas personas, así que si no quiere hablar contigo, no será posible. Espero que entiendas."

"Lo entiendo perfectamente," dijo Kimberly. "Solo me gustaría ver si tal vez tiene algo que decir... a su manera."

Aún estábamos en pantalla, así que no tuvimos oportunidad de hablar de nada entre nosotros, pero las cosas avanzaban de manera muy natural y lenta, lo que me hizo sentir cómodo.

Kimberly se encontraba en su ambiente natural. Aunque no poseía la calidez innata de Anna, era hábil conversadora y conocía todos los gestos adecuados para suspirar y aparentar tristeza. Esa era una cualidad en sí misma.

— Déjame yo hablar —dijo mientras Benny nos conducía hacia el otro lado de su taller.

— ¿Sabes que no eres el único con coraje, verdad? —comenté.

— Lo sé —respondió ella.

Al rodear el taller, mi mandíbula se soltó al descubrir uno de los jardines más hermosos y elaborados que había visto. Era a finales de otoño, así que la mayoría de las plantas todavía verdes eran calabazas, calabacines, maíz, junto con una diversidad de girasoles en multitud de colores y tamaños que jamás había visto.

— Esto es maravilloso —dijo Kimberly.

— Gracias —contestó Benny—. Pero no puedo atribuirlo solo a mí; eso es obra de mi esposa y mi hijo.

Tan pronto mencionó a su familia, los vi en el jardín. Su hijo era pequeño, aunque si tuviera que adivinar, debía tener unos diez años.

Mientras observaba el sol reflejarse en su rostro, lo veía arrancar un gran gusano o quizás una oruga de uno de los girasoles. Miraba el gusano con asombro y maravilla, y lo depositaba en un

viejo bote de café mientras seguía buscando más gusanos.

En el papel tapiz rojo, su nombre era Rustle, no Russell, sino Rustle como lo que hacen las hojas en el viento. La mujer a su lado nos notó al llegar. Su nombre era Rose Harless. Ambos eran PNJ.

Rose tenía una visión totalmente diferente del término “niña flor”. Llevaba una diadema de flores blancas y un vestido de verano que, creo, solo las hadas suelen lucir. Estaba descalza y su cabello largo y suelto. Miraba a Rustle como si él fuera el sol y ella, la flor.

Por la forma en que Benny había hablado, Rustle no era biológicamente suyo, sino adoptado. Con solo mirarlo, esa parecía ser la verdad. Los Harless tenían cabello oscuro y rasgos mediterráneos, mientras que Rustle tenía piel pálida y un cabello tan fino que parecía casi blanco.

Benny se acercó a su esposa para discutir la situación. No pude escuchar bien, pero ella claramente dudaba. Sin embargo, finalmente cedió. Tomó a Rustle de la mano y, acompañados por Benny, nos condujeron a Kimberly y a mí.

— Sin cámaras —dijo Rose—. Y no sé si Benny te informó, pero si a Rustle no le caes bien, no hay nada que hablar. Eso es todo.

— Por supuesto —dijo Kimberly—. Se arrodilló a la altura de Rustle y le preguntó: “¿Qué tal, amigo? Solo quiero hablar contigo sobre tu amiga Tamara. Solo intento encontrarla.”

Rustle se acercó a Kimberly y la miró a los ojos. En silencio, percibí en sus ojos una inteligencia inquietante. Eran unos ojos oscuros, profundos, tan oscuros que no podía distinguir sus pupilas. Tras un momento de intensidad, Rustle sonrió. Miró a su madre y asintió. Luego me miró a mí y volvió a mirar a su madre.

— Está bien, entonces —dijo Rose—. Ve a ponerte tu gorra de béisbol, cariño.

Rustle escuchó y fue a buscar una gorra azul y blanca del jardín. La colocó sobre su cabeza y la giró para que la visera quedara hacia atrás. Era un niño delgado y atlético, de unos diez años. Fiel a las palabras de su padre, nunca habló, pero sin duda se comunicaba de otras maneras.

—Tenemos una mesa y sillas afuera en la terraza —dijo Rose—. Déjame ir a buscar un poco de té de hierbas.

Ella señaló hacia un conjunto de muebles cómodos que parecía haber sido fabricado a mano. Benny, Rustle, Kimberly y yo tomamos asiento mientras Rose se dirigía a preparar las bebidas. En cuanto ella se fue, Benny nos miró y dijo: —Entonces, tu amigo no hace nada para mantener ese coche, ¿verdad?

—Esa sería mi suposición —afirmé—. Él es más de fotografía.

Benny asintió. —Sí, lo noté solo con escuchar cómo acelera por la calle. No sé qué le ha hecho, normalmente, puedo decirlo en un momento —dijo mientras chasqueaba los dedos—, pero hay varias cosas ocurriendo bajo ese capó. Tú mejor que nadie debes saberlo— Es una fiesta de

mantenimiento deficiente y piezas malas, te lo aseguro.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo mecánico? —pregunté.

—Desde antes de saber la palabra ‘mecánico’, ya estaba debajo de los cofres rompiéndome las uñas. Los Harless siempre empiezan jóvenes, Rustle aquí lleva trabajando en el jardín desde que era muy pequeño, ¿verdad, amigo?

Rustle asintió con una sonrisa. Miró las girasoles y luego se señaló a sí mismo.

—¿Qué pasa, amigo? —dijo Benny—. Ah, él intenta decirte que fue él quien encontró los girasoles. Le gusta pasear por el bosque y encontró unas semillas de girasol que plantó el año pasado, y este año, plantó las semillas de esas mismas semillas, y ahora tenemos un bosque completo de girasoles.

—Eso es increíble —dijo Kimberly—. Son muy bonitas.

Rustle sonrió con orgullo.

Mientras observaba el jardín, algo hizo que mi corazón saltara. Era una silueta que parecía un espantapájaros. Este parecía un espantapájaros normal, con pantalones de bota y una camisa de cuadros vieja, rellena de paja. No llevaba guantes ni etiqueta con su nombre. La cara, sin embargo—la cara con sus botones y su pequeño sombrero cosido—era la misma cabeza de espantapájaros que reconocía de Benny, el Espantapájaros Embrujado. No estaba desgastada por el sol ni parecía harapienta, como recordaba, pero era la misma.

Este espantapájaros no volaba ni cortaba cabezas. Simplemente colgaba de una pequeña cruz de madera, ahuyentando a los cuervos.

—“

Hablamos durante una hora más o menos.

—En realidad, lo que nos alegraba era que había encontrado un amigo. Muchas de las criaturas de aquí pueden ser muy críticas. Tamara era diferente. Tenían su propio idioma secreto. Ella venía por aquí, jugaban en los campos y ella ayudaba a Rustle con su trabajo en el jardín —explicó Rose.

—Rustle ha estado muy triste desde que supimos que ella había desaparecido —dijo Benny—. No entiendo por qué no pasaron tiempo juntos aquel día. Normalmente, ella solo se va a casa antes de que oscurezca. No sé por qué se fue tan temprano esa vez.

Rustle se quedó en su asiento, mirando hacia la mesa. Su labio inferior estaba apretado entre los dientes, mordiéndolo con nerviosismo.

—Solo me preguntaba —dijo Kimberly—. ¿Hay algún lugar a donde tú y Tamara solían ir? ¿Quizá un club, una cueva o un lugar especial en el bosque a donde iban?

Rustle negó con la cabeza.

—En realidad, ya revisamos toda la zona por donde podrían haber ido juntos —explicó Benny—. Tenían algunos lugares de referencia cerca del arroyo, en el bosque y en los campos al norte, pero no la encontramos allí. Montamos una gran búsqueda en esa área; nadie vio nada.

Intentando hablar con Rustle resultaba sumamente difícil. Parte de ello se debía a que no era verbal; otra parte, a que simplemente no quería revelarnos todo, o al menos así lo expresaba su madre, Rose. Era un muchacho muy reservado, y nada tenía que ver con su silencio.

Rose miraba a lo lejos, sin dirigir su vista ni a nosotros ni a nadie en particular, y afirmó: "Conozco a mi hijo, y si supiera algo acerca de la desaparición de esta niña, seguro que lo diría. Encontraría la forma."

Y así continuaba la conversación, mayormente con cortesías. Kimberly y yo no habíamos tenido oportunidad de planear cómo abordar la situación desde que llegamos. Solo charlábamos, intentando profundizar en algo más.

Mientras Rustle jugaba en el jardín, seguíamos conversando con Rose. Benny ya estaba hasta la cintura en el coche de Nick, tratando de reparar lo que tenía mal.

—No sé si esto es descortés preguntar—dijo Kimberly—; pero, ¿por qué exactamente no habla? ¿Tiene autismo o algún tipo de discapacidad intelectual?

—No, no es ninguna molestia—respondió Rose, apartando la vista de Kimberly al hablar—. Él tiene lo que los médicos llaman afasia voluntaria. La verdad es que debería poder hablar—eso es lo que nos dicen. El caso es que llegó a nosotros cuando tenía alrededor de cuatro o cinco años. No sabemos qué le ocurrió antes. Los doctores creen que tal vez no estuvo expuesto al lenguaje, o peor aún, que pueda tratarse de una respuesta a algún trauma. Una doctora dijo que era un síntoma de ansiedad severa. Le hicieron pruebas para detectar daños cerebrales, autismo y otras condiciones, y todos los resultados fueron negativos. La verdad es que Benny y yo oramos mucho por tener un hijo. No me importa si nunca habla. Benny dice que no hay nada mal en él. Que algunas personas simplemente son diferentes. Lo creo. Él es así, y así seguirá siendo.

Kimberly me miró. Si no estuviésemos en pantalla y pudiéramos salir del lugar, probablemente habríamos seguido buscando en otra parte, pero el hecho de que estuviésemos en la pantalla y que nuestro coche estuviera deshecho significaba que había algo aquí que necesitábamos aprender. Tenía que haber algo.

—Esto puede ser muy personal, pero cuando dices que llegaste a él, ¿quieres decir que lo adoptaron o que es hijo de acogida?—preguntó Kimberly.

Rose mantenía una expresión neutral y no buscó contacto visual con Kimberly.—No, no—dijo—. Lo encontramos en un campo, desnudo como el día en que nació, cubierto de barro hasta las cejas. No sabemos de dónde vino. Fue abandonado. Nadie lo reclamó, nadie reportó que había desaparecido. Hicimos todo lo posible por quedarnos con él cuando nadie más lo intentó. Como dije, siempre oramos por tener un hijo.

En ese momento, Rose miró a Kimberly a los ojos y sonrió—¿Le gustaría un poco más de té, querida?

—Me encantaría—contestó Kimberly—. Muchas gracias.

Mientras Rose entraba en la vieja casa, Kimberly empezó a inclinarse, a susurrarme algo. Pero justo antes de que pudiera, escuchamos un alarido desde el jardín y un grito que parecía venir de un niño.

Nos levantamos de inmediato y corrimos hacia el sonido antes siquiera de tener la oportunidad de hablar.

Al acercarnos, descubrimos qué era lo que gritaba. No era un niño; era un conejo. Estaba atrapado en una trampa metálica, una de esas que un animal puede encontrar por casualidad y quedar atrapado—a una trampa sin matanza.

Rustle levantó la trampa y se alejaba del jardín, golpeándola con un bastón. El conejito chilló y gimió con un sonido que nunca había oído antes en un conejo. Era una mezcla entre el grito de un niño y el llanto de un bebé.

—¿Qué diablos está haciendo?—pregunté.

Continuó caminando con la jaula hacia la carretera, pasando por encima de la taller mecánico. La golpeaba fuerte y constantemente, aterrizando al pobre pequeño conejo en su interior. Cuando colocó la jaula en el suelo y la abrió, el conejo salió disparado a una velocidad que la mayoría de los animales nunca alcanzan en su vida. Enseguida cruzó la calle y se perdió entre la frondosa maleza.

Kimberly y yo nos quedamos sin palabras.

—No te pongas tan alarmada—dijo Benny desde su taller—. Hay que asustar a los animales, si no, volverán y devorarán tu cosecha. Rustle sabe eso. La única manera de protegerlos es asustarlos hasta el extremo.

Rustle tomó la trampa y nos miró a Kimberly y a mí, luego volvió caminando con calma hacia el jardín, como si nada hubiera ocurrido. Kimberly y yo nos miramos sin saber muy bien qué pensar de lo que acabábamos de presenciar.

—

Durante las siguientes horas estuvimos tanto en la pantalla como fuera de ella, mientras Benny trabajaba en el sedán. Lo hizo con rapidez; identificó los problemas y los arregló casi al instante.

—Ahora te voy a regalar esto y tú tienes que salir allí y ayudar a encontrar a esa chica—dijo Benny mientras terminaba.

—¿Gratis?—preguntó Kimberly.

—Es parte de mi contribución—contestó Benny.

Mientras él hablaba, miré de reojo al coche que había estado puliendo cuando llegamos, y él me atrapó en la mirada.

—¿Eso te gusta, eh? Un Imperial Phantom de 1948. Un año demasiado viejo para ser la clase que desean los coleccionistas, por desgracia, por sus malas transmisiones y fallos en los frenos. Es una lástima; me encanta ese coche. Pero no puedo seguir arreglándolo. Es demasiado bonito para liquidarlo, aunque a Rose ya le cansó mirarlo, cansada de que lo vea los fines de semana y de que yo siga metiéndome con él. Ella dice que o lo hago funcionar o lo tira. Qué pena, de verdad.

—¿No consigues un comprador?—pregunté.

—Para el '48, imposible—responde Benny—. Claro que he recibido ofertas por los asientos, porque son iguales a los del '50 y el '52, que son las piezas más codiciadas por los coleccionistas, pero no voy a quitar los asientos y dejarlo tal cual. No tengo corazón para eso. Tengo a Tugg Montgomery viniendo a llevárselo. Es un mercenario, no le gustan mucho las reparaciones, pero sabe desarmarlos con destreza. Es triste verlo así. Sin embargo, aún brilla como nuevo porque cuido bien mis vehículos—dijo, observando el sedán verde y a Nick, que estaba a su lado.

Mientras estábamos allí, Kimberly notó que Rustle la miraba, lo que ella interpretó como una invitación a conversar con él, sin la presencia de su madre dominante. Ella volvió a cruzar la calle que llevaba al jardín, y yo la seguí.

—Hola, Rustle—dijo Kimberly—. ¿Hay algo que quieras contarme?

Rustle bajó la vista, se quedó mirando el suelo y luego volvió a mirarla a Kimberly. Claramente, llevaba algo en la mente.

—Puedes decírmelo, —dijo Kimberly—.

Aun así, Rustle no parecía confiar en ella, pero sí mostraba estar molesto.

—Te propongo una cosa —dijo Kimberly—. Cualquier cosa que tengas que decirme, prometo que no te juzgaré, ya sea buena o mala. ¿Me crees?

Rustle la miró. En ese momento, su rostro adoptó una expresión más antigua, un semblante de sabiduría mucho más allá de sus años, forjado por la desconfianza. Comenzó a alejarse y luego volvió la vista hacia Kimberly y a mí, mirándonos por encima del hombro, para después seguir caminando.

Nosotros lo seguimos.

Él nos condujo al otro lado del taller mecánico, donde se extendía un campo de girasoles con pétalos de un hermoso naranja y rojo. Eran el único grupo en todo el jardín que lucía así. Él señaló hacia ellos. Al principio, no entendí qué indicaba, pero pronto comprendí que señalaba unos diez tallos cortados, sin flores.

—¿Alguien se llevó las flores? —preguntó Kimberly.

Rustle asintió con la cabeza y luego se señaló a sí mismo.

—¿Por qué tomaste las flores, cariño? —preguntó Kimberly.

Rustle no respondió, pero Kimberly parecía estar relacionando las piezas antes que yo, y sacó una copia doblada del cartel de desaparecida.

—¿Le diste las flores a ella? —preguntó.

Rustle mordió su labio inferior y miró la foto de Tamara. No pude leer su expresión.

—¡Chicos! —llamó Benny desde cerca del taller mecánico—. Tenemos a alguien que quiere hablar con ustedes.

Me di vuelta para ver a Benny acercándose con sus overoles manchados de grasa. Rápido detrás de él iba Dina, vestida no con vestido ni falda como Kimberly o Rose, sino con jeans. No eran jeans rotos como los que ella solía usar, y su chaqueta de cuero fue reemplazada por una de color marrón con una tela acanalada. Pude notar que tenía un delantal metido en el bolsillo, con uno de los cordones y el lazo del cuello asomándose.

—Señorita Cano —dijo Kimberly—, la reconozco. Mi nombre es Kimberly Madison. Trabajo en Carousel News 9. Actualmente estamos investigando la desaparición de su hija.

Kimberly extendió su mano para estrechar la de Dina. Dina, interpretando su papel, mantuvo los brazos cruzados por un momento y luego levantó la mano para estrechar la mano de Kimberly.

—¿Vienen aquí a ser buitres? —preguntó Dina.

—Lo siento —dijo Kimberly—. No entiendo a qué te refieres.

—A los del noticiero. Vienen aquí a alimentarse de los muertos. A vivir del sufrimiento de otros. ¿Eso es lo que buscan?

—No —contestó Kimberly—. Vine a averiguar qué le pasó a Tamara.

Dina y Kimberly se miraron fijamente por un momento.

—Bueno, al menos alguien lo hace —dijo Dina al fin. Sus ojos cruzaron más allá de Kimberly y de mí, y vieron los hermosos girasoles junto a Rustle. Ella corrió hacia ellos.

—Tamara me ha estado regalando flores como estas durante las últimas semanas. ¿Es aquí donde las ha estado consiguiendo?

Aprecio a Dina, quien usualmente no hacía mucho esfuerzo en actuar. Ella estaba al borde de las lágrimas mientras hablaba, y unos momentos después, las lágrimas cayeron y comenzó a llorar.

Benny corrió hacia su hijo. —Rustle, ¿le has estado dando estas flores a Tamara?

Rustle asintió.

Dina, que había comenzado a llorar y trataba de detenerse, se apartó de Benny, cubriéndose la cara con las manos.

— Bueno, señora, estamos buscándola por todas partes a su hija y realmente esperamos que la encuentre sana y salva — dijo Benny, cerca de lágrimas propias. Sacó un cuchillo de bolsillo de su mono y se dirigió hacia los girasoles. Tomó uno que parecía apto para cortar y empezó a bajarlo, pero Rustle empujó su brazo y se colocó entre él y el girasol, sacudiendo la cabeza.

— Hijo, sé que no te gusta que alteren el jardín, pero esas flores cumplen un propósito. Nosotros ofrecemos cosas bellas a la gente para que se sientan mejor, ¿entiendes?

Los ojos de Rustle comenzaron a llenarse de lágrimas y suplicó a su padre que no cortara el girasol. Cuando Benny finalmente cedió, Rustle tomó el cuchillo de bolsillo, lo guardó en su propio bolsillo y corrió de regreso a la casa.

Benny se volvió hacia Dina y dijo: — Señorita, lo siento. No sé qué está pasando, pero Rustle realmente se preocupaba por su hija y está teniendo dificultades con esto.

— Está bien. Está bien — respondió Dina. — Lo único que me importa es encontrar a Tamara.

— Lo lograremos — aseguró Benny. — Ella... ella va a estar bien.

Dina cayó de rodillas y, entre lágrimas, dijo: — No creo que lo esté. La puedo sentir. No creo que vuelva a casa.

Las tradiciones de Dina le permitían conectar con los seres queridos fallecidos de su personaje. Tal vez algunas conexiones hacían más daño que bien.

Kimberly abrazó a Dina, y Benny le ofreció su trapo menos grasiento para que secase sus lágrimas.

Revision #1

Created 16 May 2026 12:42:14 by Robert White Mar

Updated 16 May 2026 12:42:17 by Robert White Mar